



SUÁREZ ÁVILA, Luis. "Consecuencias y secuelas de los buenos principios: el neopopularismo en Rafael Alberti". Culturas Populares. Revista Electrónica 4 (enero-junio 2007), 15pp.

<http://www.culturaspopulares.org/textos4/articulos/suarez2.pdf>

ISSN: 1886-5623

CONSECUENCIAS Y SECUELAS DE LOS BUENOS PRINCIPIOS: EL NEOPOPULARISMO EN RAFAEL ALBERTI¹

LUIS SUÁREZ ÁVILA

Instituto Universitario Seminario Ramón Menéndez Pidal
Universidad Complutense (Madrid)

Resumen

El autor, nacido, como Rafael Alberti, en El Puerto de Santa María (Cádiz), recuerda personajes, juegos, canciones, anécdotas de su infancia. Una infancia paralela, en cierta medida, a la del gran poeta de la Generación del 27, de quien fue amigo.

Palabras clave: Rafael Alberti, El Puerto de Santa María, Cádiz, infancia, folclore, juego, canción, anécdota, cuento.

Abstract

The author of this text, born in El Puerto de Santa María (Cádiz), the village of the poet Rafael Alberti, remembers people, games, folk songs and anecdotes of his childhood; a childhood parallel to that of his friend, the great poet of the Generation of 1927.

Keywords: Rafael Alberti, El Puerto de Santa María, Cádiz, Childhood, Folklore, Game, Folk song, Anecdote, Tale.

Cuando José Luis Tejada, esa especie de hermano mayor que tuvimos mis amigos y yo, hace más años de los que conviniera, nos descubrió a Rafael Alberti, Cuco era un primo díscolo de los Merello que vivía en un lejano país y por cuya conversión se rezaba en algunas casas portuenses.

Se rumoreaba entonces que el Párroco de la Prioral había conseguido del Cardenal Segura un permiso especial para que José Luis Tejada pudiera leer los libros que estaban en el "Índice", entre los cuales, como es lógico, figuraban todos los de Rafael Alberti.

Pero es lo cierto que, contra viento y marea, José Luis mantuvo viva la memoria de Alberti en El Puerto durante su ausencia y dedicó muchas horas de trabajo a estudiar su poesía

¹ Conferencia leída en los actos de conmemorativos del Centenario del Nacimiento de Rafael Alberti, en la Fundación José Manuel Lara. Diciembre de 2002.

primera, lo que cuajó en un magnífico volumen, "Rafael Alberti, entre la tradición y la vanguardia", que todos los que estamos aquí conocemos.

José Luis nos enseñó a leer los primeros libros de Alberti y aquello nos pareció la poesía que todos hubiéramos querido escribir. Nuestros elementales conocimientos, en aquel momento, nos permitían comprenderla y desentrañarla; acertar sus simbolismos y sus fuentes. Y estábamos contentos.

La clave eran los versos primeros de la despedida de "La amante":

¡Al sur,
de donde soy yo,
donde nació yo...

El determinismo en la forma de vivirse en esta autonomía de la Andalucía del Sur, Andalucía la Baja, es evidente. Eso que yo llamo "concepto geográfico indeterminado", que ni es Tartessos, ni la Bética, ni Al-Andalus, es lo que Fernando Villalón dijo en un exabrupto: "El mundo se divide en dos partes: Cádiz y Sevilla". Ciertamente eran los horizontes de su espacio vital. La finca que Fernando acabó vendiendo a su amigo Fernando de la Cámara, cuando las cosas vinieron a menos, Gibalbín, coge los términos de las provincias de Cádiz y de Sevilla. Esta es la Andalucía menos islamizada y más real; es la Andalucía donde se forjan las manifestaciones que pasan por ser las arquetípicas españolas; la que presta, con razón o sin ella, la carátula tópica a la españolidad.

Y es que quienes nacimos en tiempos que terminan –más o menos– en la primera mitad del siglo XX, en Andalucía la Baja, y tuvimos infancias felices, nos sentimos estéticamente interconectados a unos mismos principios, bullimos y reaccionamos a unos mismos impulsos y respondemos a unos mismos resortes.

Por eso, mis amigos y yo, desde muy pronto, nos sentimos natural e ingenuamente legitimados para ser intérpretes fidedignos de la poesía primera de Rafael Alberti.

Cuando hace poco, releía yo, por no sé cuantos cientos de tropecientos veces, los "Recuerdos de Fernando Villalón", de Manuel Halcón, me quedé reinando en un párrafo en que relataba cómo "bajo Manrubia", mozo de cuadra de su tío el Conde de Miraflores de los Ángeles, montó por primera vez a caballo".

En poder de Manrubia, "bajo Manrubia". Mis tatas Lola Paloma y Milagros Guerrero, decían que yo había nacido y me había criado en su poder. En poder de Manrubia, o bajo el poder de mis tatas, el caso es que esa relación del niño con la servidumbre doméstica bajoandaluza crea un evidente e imperecedero vínculo de dependencia estética. Una tata tenía

poder. Tenía más poder que la señora de la casa, que el cabeza de familia, que los abuelos y los tíos. Una tata era el escudo y el parapeto de la disciplina paterna. Una tata, como Dios mandaba, te enseñaba a respirar métricamente, con el trisílabo, primero (¡Ajó!) para seguir con el pentasílabo y el hexasílabo:

Cinco lobitos
tenía la loba;
cinco lobitos,
detrás de la cola

y terminar con el octosílabo en escabrosas historias que te cantaban de mujeres seductoras, de incestos e incluso adulterios unidos a sacrilegios, que ni repelían a tus tiernos oídos infantiles, ni a ellas mismas. Así te cantaban y te aprendías las historias de los amores de Gerineldo y de la princesa Enilda sorprendidos por el rey durmiendo juntos, como mujer y marido; los requerimientos de amor del perro moro a su heroica hija Delgadina; los de los hermanos Amnón y Tamar; los de la princesa bastarda y el segador, o los de la mujer del molinero y el cura. Pero también Don Bueso y la hermana cautiva, el *marinero fragata*, la Virgen y el ciego, el milagro del trigo, el maldito *cardelero*, la *Jeringosa*...

Y a los más chicos, dos, con las manos entrelazadas por las cuatro muñecas, los paseaban en la “sillita caca”:

La sillita caca,
el sillón de oro,
donde caga el moro.

La sillita caca,
el sillón de plata,
donde cagó la gata.

Permitidme que hoy traiga aquí aquellas infancias paralelas y felices, pobladas de tías que, al menor amago de tormenta, atormentaban la casa con el

Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estas escrita
con papel y agua bendita;
en el árbol de la cruz,
Paternoster, amén, Jesús,

y trasgredían la paz doméstica empuñando, como sola arma contra los fenómenos metereológicos, la vela encendida del día de Santa Bárbara que todos los años traía la mandadera del convento de Sancti Spíritus, y entonando:

El trisagio que Isaías
compuso con grande celo,
lo oyó cantar en el cielo
a angélicas jerarquías;

o con el rezo, al toque de Ánimas , en la Prioral; o con el juego de la lotería de las Ánimas Benditas, también en la Prioral, que, según el número que saliera, sacabas del Purgatorio el ánima de un obispo, de una meretriz, de un ajusticiado, de un marinero ahogado, o de...; o infancias frecuentadas por las prestigiosas beatas locales que visitaban, sin motivo alguno, las casas, como Candelaria Leal que se sabía de corrido un romance de Bernardo del Carpio contrahecho a lo divino por el Maestro José de Valdivieso:

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama
ese Señor Soberano,
el Redentor de las almas...;

o de sirvientas como Isabel la Pimpina que, cuando la mandaban a comprar a la plaza, sisaba de la cuenta para comprarse pliegos multicolores con romances que cantaba un ciego y vendía su mujer, al pie de la casa "de los leones", en la Placilla, que luego tarareaba con Bonilla, el cocinero:

Un matrimonio cristiano
que en Santander habitaba
de todo el mundo envidiado
por lo bien que se llevaban.
Vinieron los años malos,
con las penas que originan
y él tuvo que marcharse
agobiado a la Argentina...

Entonces se decía como timbre de distinción: "Yo entro en casa de Don Fulano y de Don Mengano". Y, entre quienes entraban y salían, había infinidad de personajes, personas y personillas que iban desde la demandadera de un convento con los cordones de San Blas, los brevetines, reliquias varias, deliciosos amuletos y colgantes, hasta el tío de la alhucema; desde el mendigo que pedía igual que en el siglo XVII (" Una limosnita, por el amor de Dios, para este pobre tullido que no puede ganarlo") y que, obtenida la dádiva, salía como una exhalación, igual que un pícaro del Siglo de Oro, hasta Toribio, el del carro de la basura; Guarigua, el que vendía las acemitas –pan ácimo—, o el del agua de Fuentebravía...

Entraba Rafael Brea, el cartero, que cercana la Navidad, ayudaba a mi padre a poner el Nacimiento y cantaba villancicos en que volcaba todos los evangelios apócrifos. Entraba Pedro, el del Juzgado, alguacil en El Puerto y barbero en su pueblo de Cabra con el que le hacíamos bromas, instigados por las criadas. Entraba Doña Concha Romero Gutiérrez, maestra de primeras letras, viejísima, como que había nacido en 1872. Vivía en una casa de la calle Palacios, 61, con su ayudanta, casi tan vieja, Doña María Canónica, donde tenían un colegio. Por las tardes, Doña Concha, iba a mi casa a tratar de enseñarnos a leer, en un silabario precioso, traído de La Habana. Doña Concha Romero era poetisa. Se preciaba de haber publicado las paridas de su estro en la *Revista Portuense*. De ella recuerdo sus uñas partidas en dos, como dos pezuñitas, y el dedo índice sobre el silabario, diciendo. "Niño: eñe, eñe, eñe", para quedarse beatíficamente dormida a renglón seguido.

Entraba y permanecía Lola Blandino, costurera, que había sido señorita de compañía de mis primas, cuando mi tía Aurora estuvo en La Habana, y contaba la preciosa historia de la mulata Corina ("que orina", decíamos nosotros) y cantaba con sones guajiros aquello de:

La mujer que quiere a un chino
es que no tiene amor propio
porque el chino fuma opio
y alborota a los vecinos.

Entraba Chano, el cochero de mi abuelo Juan.

Cuando Chano me puso, con siete años, encima del caballo *Zacaté*, del hierro de García Mier, me dijo la palabra más sonora, más atrayente, más poética de las que hasta entonces yo había oído: cuatralbo. *Zacaté* era español, castaño encendido, lucero, cordón corrido y cuatralbo. Aquella mágica palabra la volví a oír en 1961, en verano, en el patio de mi casa, donde estaban reunidos Dámaso Alonso, Eulalia Galvarriato, José Luis Tejada y mi padre. Cuatralbo. Don Luis Carrillo Sotomayor, cuatralbo de las galeras del Puerto. Fue la primera vez que oí hablar de ese limpio poeta y la segunda que oí cuatralbo. Pero una y otra vez, la misma palabra, significaron dos cosas distintas.

Entraba, José El Negro, gitano, hijo de La Bilili, que traía carbón, higos de tuna, caracoles o cualquier *res nullius* que encontrara a mano, y aprovechaba para cantar la historia de Bernardo del Carpio, de la Reina y la hermana cautiva, de Gaiferos, del Conde Claros.

Entraba Diego *El Gurrino*, gitano con fragua abierta, que arreglaba los pezones de las asas de las planchas, cuando se les rompía el mango, las badilas de las copas, los maceteros, los nudos capuchinos de las puertas... y cantaba por martinetes aquello de:

Las marecitas de toitos los gitanos
toitas iban al tren,
y yo como no la tengo,
naide me venía a ve.

Entraban niños y niñas, hijos de amigos de nuestros padres, a los que entreteníamos con los juegos: "De La Habana ha llegado un barco cargado de..." y había que adivinarlo; o éramos paseados en la bamba, colgada en una palanca del albérchigo centenario, al son de los cantos de columpio de las tatas:

Entre sábanas de holanda
y colchas de carmesí,
está mi amante en la cama
que parece un serafín.

Limpia, limpia, Magdalena,
y no dejes de limpiar;
a los niños dales teta
y a los grandes dales pan.

Entraban mis amigos, los niños de mi edad, a los que mi padre sometía, los domingos por la tarde, después de una merienda, de chocolate y pan con manteca colorada, a unos impresionantes comentarios de texto que casi siempre acababan como la comedia de Ubrique. O, todos los veranos, en el jardín, cuando venía Don Diego Angulo Íñiguez, amigo de mi padre y asiduo visitante de mi casa, nos comentaba las filminas y diapositivas del Discóbolo de Mirón, del Patesí Gudea hecho en basalto, de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, de las vidrieras de la catedral de León, o de las Meninas, o de la Asunción de Murillo, en el Museo del Ermitage...

Entraban los Merello, a recogernos a mi padre y a nosotros para ir de excursión a la playa, por el Camino de los Enamorados, entre tunas, pitas, espinos aromos, vinagreras, tomatitos del diablo... para acabar pintando acuarelas o haciendo apuntes a lápiz del Castillo de la Pólvora o de los arrieros que, con sus recuas, cargaban arena para la fábrica de botellas.

Cuando José Luis Tejada me prestó *La Arboleda Perdida* descubrí la infancia de Rafael Alberti. Empecé a leer en letra impresa los nombres de personas que me eran conocidas, de personas con las que había hablado o de las que había oído hablar, y me sorprendí de cómo se crean los mismos horizontes estéticos en los niños bajoandaluces.

En *La Arboleda* estaban todos los Merello, primos de Rafael, los amigos de mi padre, gente de buen saque y enmarañadamente endogámica, ligada por matrimonios, con los Alberti y

los Brunetti o Brunet, de los que en El Puerto se salmodiaba, en tono gregoriano: "De Merello, Alberti y Brunet, liberanos, dominé, a la hora de comé", por su gran voracidad.

Allí, en *La Arboleda* vi impreso el nombre del primo mayeto, Agustín Alberti Brunet, a quien por unas pocas pesetas un Luca de Tena le compró, ante Notario, los derechos de sucesión del Marquesado de Brunet. El propio Agustín Alberti Brunet, a quien nosotros, de chicos, llamábamos con el mote de "*Amén peo*". Y es que este Agustín se pasaba horas y horas en la Prioral, de capilla en capilla, relatándole a todos los santos retahílas petitorias bisbeadas, en voz baja, que terminaban con una respetuosa inclinación del cuerpo y un "*amén*" pronunciado en alto, seguido de un cuesco, que no se sabe, ni pude averiguar, si se le iba el punto por la inclinación, o por la intensidad del "*amén*".

Tarabillas, las de Agustín, como la de:

Virgen Santa del Carmelo,
por tu escapulario santo,
acógeme bajo tu manto
y llévame hasta el cielo,
(Inclinación, amén y cuesco)

que estoy seguro que Rafael la sabía, por los rastros que han quedado en su *Marinero en tierra*.

O aquella, que parece sacada de un cancionero del XVI y que Agustín y todos los Merello rezaban, con un padrenuestro, al Cristo de la capilla de Benavides:

Si lo más hice por ti,
que fue morir por salvarte,
¿cómo no he de perdonarte?

O la de Santo Tomás de Villanueva, que también rezaba la madre de Alberti al Santo limosnero de la Prioral, cuando la ruina de su casa, y que mi abuela Aurora rezaba con la mano extendida, cuando los negocios de mi abuelo Juan iban de capa caída. La misma, con alguna variante, que Rafael recuerda en *La Arboleda*:

Santo Tomás de Villanueva,
Obispo de Casasanta,
una limosna te pido
que me hace mucha falta.
Por tu padre,
por tu madre,
por las olitas del mar
que van y vienen,
que se me llene la casa
de salud y bienes.
Por la Santísima Trinidad,

que en mi casa no falte pan.
Y de una limosna que das todos los días
que la última no sea la mía.
Y, tú, que eres tan bueno
y tan querido de Dios,
sácame de esta aflicción.

Allí, en *La Arboleda* y en casa de los Alberti y de los Merello, los Santos cercanos y elementales: San Agustín, San Rafael Arcángel, San Vicente Ferrer, San Luis Rey de Francia – terciario franciscano, como la madre de Rafael–, San José, devoción familiar con sus dolores y sus gozos de los siete domingos; San Ignacio de Loyola –¡Fundador sois, / Ignacio, y General / de la Compañía Real /, que Jesús con / su nombre distinguió...!–; la Virgen de los Milagros, la Patrona, la imagen mariana que decía Rafael que fue más cantada por los poetas, desde Alfonso X hasta él mismo, que, además, la pintó en la famosa puerta de su casa de Punta del Este; la Virgen del Carmen –Virgen Santa del Carmelo–; La Virgen de Belén, en el trascoro de la Prioral, cuya advocación llevaban todos los Alberti entre sus muchos nombres de pila; ¡Madre del Amor Hermoso!, exclamación ante lo inverosímil que se convierte en aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso, con cara recortada de una foto de María Teresa León, a Rafael, con cara recortada de su propio retrato, en el dibujo de éste *Naufragio y salvación de Rafael Alberti*; Santa Casilda, de cuya leyenda, que se contaba en El Puerto, mezclada a la de la aparición de la Virgen de los Milagros, terminó Rafael por hacer una obrita de teatro impregnada en el romancero; Santa Catalina –Catalina de Alberti, italo-andaluza y la ermita de la Santa en el Castillo que cita Juan Ramón en la famosa carta a Rafael–; Santa Rosa de Lima –Rosa de Alberti que tocaba, pensativa, el arpa–; Santo Tomás de Villanueva, el santo limosnero de la Prioral; San Pedro, sentado, en El Puerto y en Roma; sus ángeles, jerárquicos espíritus puros y, luego, materia poética; la cinta milagrera, con la medida de la imagen de la Virgen de los Milagros y la medida de la Virgen de la Cinta, en Moguer de Juan Ramón, que se imponía a los enfermos.

Santos cercanos, elementales y, también, demonios familiares: el tío abuelo Tomaso, guapo garibaldino mutilado de guerra; Pepe Ignacio, hijo de éste, pintor de afición en su primera juventud granadina, traductor teatral y escritor luego, que vivía malcasado en Madrid y pasaba algunas temporadas en El Puerto, en donde se le motejaba como el republicanote, el ateo, la oveja negra de la familia, y por quienes Rafael muestra una particular simpatía.

En *La Arboleda* pululan gentes de las que yo había oído hablar o había conocido: Paca Moy, la niñera de Rafael, a la que Cuco hizo blanco de su fechorías y cómplice de sus travesuras, y tenía más mando y poder que la propia madre de Rafael; la gitana Milagros Maya,

costurera de la casa, que le enseñaba canciones populares, romances y oraciones; Pepilla la lavandera "que jugaba con él en la azotea, olorosa de espumas y lejía"; Paquillo, el hijo del cochero de su tío, de su misma edad y compañero de aventuras y de juegos, que, a la vuelta de Rafael, el año 77, lo recriminó, en presencia de la prensa: "Mira, Cuco, ahora me vas da decir cuándo nos hemos hecho nosotros pajas en las Dunas. ¡Hombre, no seas embustero!...". Y Rafael, engoladamente, con superioridad manifiesta, le contestó: "Paco, nunca llegarás a conocer los entresijos de la literatura de memorias". Y Paco, convencido, se amilanó, encogido de hombros, con un condescendiente y entregado "Bueno..."

En *La Arboleda*, Federico, antiguo arrumador de la bodega familiar, que ponía el Nacimiento cada Navidad, sabía historias inverosímiles y cantaba villancicos incomprensibles como el de:

Acuéstate en el pozo
que vendrás cansado...

que no era otra cosa que:

Acuéstate, esposo,
que vendrás cansado...,

lo mismo que hace muy poco vi, en la Biblioteca Nacional, en un pliego de ciego del XIX, de la colección de don Luis Usoz, titulado *Villancicos de la Nochebuena que se cantan en Cádiz*; lo mismo que se cantaba en mi casa.

O "Capirucho", otro arrumador de la bodega, al que Rafael dedicó una nana en *Marinero en tierra*, y del que en la casa de los primos Merello yo he oído cantar la retahíla dialogada entre dos arrumadores –Capirucho y Trabajila– de:

–¿Adonde vas, Capirucho,
con sotana y con mochila?
–Voy a casa de Merello,
a llevar estas vasijas.
–Adiós, adiós, Capirucho.
–Si me llamas Capirucho,
te llamaré Trabajila.
–¡Capirucho!
–¡Trabajila!

Allí, en *La Arboleda*, Carreja, el pescadero, con su pulgarcillo añadido, como un percebe minúsculo; allí, la tía Josefa, protectora de los gitanos de la calle de la Rosa, a los que enseñaba a leer y doctrina cristiana; allí, Doña Concha Romero, la misma, pero con cuarenta años y su bata

"verde pitárriga", dándole clases de catecismo a Rafael; allí, las Hermanas Carmelitas, las que le enseñaron a leer las primeras letras y a las que los alumnos cantaban:

Las Hermanas Carmelitas
con delantales azules
se parecen a los cielos
cuando se quitan las nubes.

Y el Colegio de San Luis Gonzaga, el colegio grande de El Puerto, el de los jesuitas, el de los poetas, el de Juan Ramón, el de Fernando Villalón, el de Pedro Muñoz Seca, el de Rafael de León, el de Rafael Alberti. Por *La Arboleda* deambulan redivivos el padre Zamarripa, vasco larguirucho; el padre Pedro Ayala, prefecto, director de la Congregación Mariana y del Apostolado de la Oración en donde militó Rafael; el padre Lirola; el padre Lambertini, italiano que se encargaba del confesionario; las soberbias de su primo José Ignacio que tanto hirieron a Rafael; las rabonas para ir a las Dunas, a la playa, a la finca del tío José Luis de la Cuesta a torear vacas de media casta; el corte de la coleta torera en plena clase, con un cortaplumas; sus amigos colegiales, Muñoz Pacheco, los Bootello, los Benvenuty, Juan Modesto Guilloto León, compañero de correrías taurinas y luego camarada, conocido en la guerra civil como el "General Modesto".

Allí, el amor imposible por su tía Gloria y el no menos platónico por la niña Milagritos Sancho; rabonas cada vez más seguidas; el descubrimiento de la pubertad; los primeros dibujos, el camello modelado en barro para el Belén del tío Vicente; la emigración, para no volver más, de su abuela materna a la Argentina en el vapor "Balvanera", un buque que, de una lámina anuncio de la Compañía Trasatlántica, copiaría Rafael una y otra vez, en distintos tamaños, en variados colores; el regalo de la tía abuela Lola de su vieja paleta de pintura y su paciencia enseñándolo a conocer y manejar los pinceles y los colores. "Este niño será un Murillo", dictaminó la tía Lola y asintieron todos los parientes. Rabonas, excursiones, durante las clases, a las salinas –en donde las vagonetas llevaban al muelle la sal hasta las "blancas casetas"–, a la playa, con sus castillos de la Pólvora y de Santa Catalina y, más adentro, el de San Marcos –"Mi pueblo tiene castillos, / pero además una mar"–, a los pinares, pinares que plantara, en el XVII, Don Juan Camacho Jaina, portuense, gobernador en Nueva España y primer editor de Sor Juana Inés de la Cruz. Dibujos y acuarelas.

Y, entretanto, la ruina familiar. La vieja bodega tiene que venderse. Los Osborne la compran. Los Osborne, bisnietos de Don Juan Nicolás Böhl de Faber y de Doña Frasquita Larrea, sobrino-nietos de Fernán Caballero... La familia Alberti debe marchar a Madrid. Los

propios compradores de la bodega nombran a don Agustín Alberti su representante general para Castilla, para que tenga un pasar. Eso era lo normal entre bodegueros, por otra parte, enmarañadamente entroncados. Dicen que la causa de la ruina fue la vida desatenta. Los Alberti deben diluirse en la gran ciudad. De dueños a empleados, la situación se presentó terrible. La ruptura, la nostalgia y el reproche al padre mal administrador:

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?
¿Por qué me desenterraste
del mar?

Lo mismo que Fernando Villalón, ganadero de reses bravas, garrochista, agricultor, poeta, teósofo, espiritista, Conde de Miraflores de los Ángeles, que, arruinado en Sevilla, es quitado de en medio por su hermano Jerónimo, que le realiza todos los bienes y lo envía a Madrid, donde nadie lo conozca, para lavar el crédito de la familia. La misma nostalgia en Fernando Villalón, desenterrado del campo y hecho un urbanita:

Que me entierren con espuelas
y el barbuquejo en la barba,
que siempre fue un mal nacido
quien renegó de su casta.

Y Fernando se venga de su hermano, maldiciéndolo en su testamento hasta la sexta generación, por haberlo desenquistado, a la fuerza, de su medio natural.

Ruinas bajoandaluzas, igualitas que las de mi abuelo Juan Ávila, condiscípulo, en los jesuitas de El Puerto, de Juan Ramón, de Fernando Villalón y de Dionisio Pérez que lo hace – con nombre y apellidos–, personaje en su novela *La Juncalera*. Juanito Ávila, propietario, garrochista, aprendiz de torero, amigo de don Luis Mazzantini, hombre de buen humor, mujeriego –¡Hay que ver, con lo guapa que era su abuela Doña Aurora!, me decía un viejo capataz–; Juan Ávila, con querida en Puerto Real, villa a la que *sotto voce* las burladas señoras del Puerto llamaban, despectivamente, *refugium peccatorum*; Juan Ávila, emprendedor de negocios ruinosos, al que mi bisabuela Magdalena Rodríguez Madrazo y Calderón de la Barca salvó, una y otra vez, de la hecatombe y pudo seguir viviendo en El Puerto.

Los Alberti, los Merello, son unos grandes inventores de mundos fantásticos y fabulosos contadores; tienen una prosa gráfica, simbólica, tanto oral como escrita envidiable; tienen el don de hacer amena cualquier historia. Recuérdese, por ejemplo, a Jesús Merello y sus libros de cacerías. ¿Habrá prosa con más donosura? Rememórense los escritos de Agustín Merello y sus

artículos de cada día, en prosa necesariamente de urgencia, pero tan galana, almacenada ya en las hemerotecas para perpetua memoria. Acordémonos de los sucedidos contados, en cualquier tertulia, por Agustín, José Ignacio, Luis, Serafin, Estanislao o Paco Merello, que adquirirían la categoría de obra literaria.

O el propio Rafael, cuando yo le tiraba de la lengua y le pedía que me contara las juergas que, con la excusa de Góngora, todos los del 27 oficiaban en Pino Montano, el cortijo sevillano de Ignacio Sánchez Mejías, con Manuel Torre, al cante, y Manolo de Huelva, a la guitarra... o imprevistos sucesos y ocurrencias de Fernando Villalón.

Los Alberti y los Merello tienen el garbo natural de saber contar cualquier cosa. Hablando normalmente, construyen una especie de maravillosa prosa poética, tocada de unas pizcas de fantásticos ingredientes que la hacen sublime. Hasta cuando cuentan mentiras y trolas veniales.

En *La Arboleda*, entran, salen y se adivinan beatos y ateos, borrachines, estrafalarios parientes, seres angelicales, divertidos e inocentes, maniáticos, tarumbas tarambanas, trasnochados, intransigentes, liberales, radicales, monárquicos, republicanos, pintores, escritores, mujeriegos, malcasados, célibes, curas, monjas, cazadores, papanatas, surrealistas... Aquél que quería ser caballo, o avutarda; o el que vio en la sierra de San Cristóbal un ruiseñor con cabeza de vaca; o el que se acostaba vestido, con las manos dentro de los calcetines...

Sin embargo, no cita Rafael en *La Arboleda* –pero yo aquí la traigo, para salvarla del olvido–, a la prima Mila. Milagros Merello, pintora, monja jerónima de Santa Paula, a la fuerza, por haberse ido de excursión con su novio a conocer el Mar Mediterráneo, y a la que los varones guardadores de la doncella buscaron, encontraron y rescataron cerca de Gibraltar. Sin mediar palabra, la metieron en el convento sevillano, adonde íbamos, con Mari Lourdes Merello, a verla, ya envejecida, al locutorio, a la sombra de las puertas de Niculoso Pisano y bajo el báculo de Sor Cristina de Arteaga, abadesa y poetisa, hermana del Duque del Infantado y descendiente de Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana. Mila Merello, monja a la fuerza, como la del pliego de cordel:

Esta es la monja traidora
que a maitines se levanta
y que dice cuando canta:
¡Quién fuera casada ahora!

No la cita, pero en “De un momento a otro” ¿no es “... y a nuestra prima hermana en el convento...”?

La Arboleda es el paradigma de cómo cuentan los Alberti y los Merello cualquier cosa. Allí, además, se me incitó al mimetismo del modelo: a leer los *Cantos Populares Españoles* de Rodríguez Marín, el *Cancionero* de Pedrell y a Gil Vicente... En sus obras descubrí unas trovas que éste último dedica a un Felipe Guillén, boticario pícaro de El Puerto de Santa María (nacido en 1492, muerto en no se sabe qué año del siglo siguiente) lo que me produjo una gran alegría.

El encendido fervor por lo popular que creó en mí la lectura de *La Arboleda* y de la primera poesía de Alberti me convirtió en recolector de romances y de canciones de la tradición oral, e hizo que yo confiscara a mi padre de su biblioteca todos aquellos libros y, además, el *Cancionero* de Barbieri, la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez Pelayo, las obras de Fernán Caballero, el *Romancero* de don Agustín Durán, los *Cantares* de Melchor de Palau, la *Colección de cantes flamencos* de Demófilo y alguna otra cosa más. Todo aquello lo coloqué en mi cuarto, en una rudimentaria estantería, sobre la que puse el letrero de "*Biblioteca Teubneriana de Leipzig*", un nombre que se me quedó pegado al oído y que me gustó sin saber por qué. Y lo devoré todo el verano de 1960, en que cogí unas fiebres tifoideas por comer ostiones crudos que me tuvieron apartado de todos y postrado en cama.

Sin digerir mis lecturas, aprendidas muchas cosas con alfileres, echando mano de nuestras infancias, mis amigos y yo estábamos sobresaltados por cuánto íbamos descubriendo en la poesía de Alberti.

Hasta entonces, ver en letra impresa, en la obra de Rafael, volcado todo aquello, nos sorprendía. Pero no tuvimos conciencia de su originalidad, porque la entraña de sus poemas nos eran familiares.

Sin embargo, Alberti no sólo se recreó en la graciosa belleza de lo visto y aprendido de oído en su niñez. En los Madriles descubrió la nostalgia de su mar y se le desencadenó la melancólica añoranza del mar perdido que no le abandonaría nunca. En Madrid halló el ambiente oportuno y el caldo de cultivo que puso a tono su lira.

La conferencia de Don Ramón Menéndez Pidal, en el Ateneo, el año 19, fue un revulsivo que llamó la atención de los nuevos poetas: los invitó a recrear la primitiva poesía castellana. El Centro de Estudios Históricos, fundado por don Ramón, donde impartían su saber Américo Castro, Julián Ribera, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís...; la llegada de don Pedro Henríquez Ureña y la aparición, en el 20, de su *Versificación irregular en la poesía castellana*; los consejos que llevaban a la Residencia de Estudiantes los alumnos del Centro, Dámaso Alonso o Pedro Salinas; las insinuaciones de Dámaso a Rafael sobre la lectura de Gil Vicente y del *Cancionero Musical de Palacio*; todo eso y la tranquilidad que le dio la convalecencia de

una enfermedad de pulmón, de la que curó en San Rafael de Guadarrama, lo hicieron sentirse umbilicalmente unido a sus orígenes y a los orígenes de la poesía castellana. Y cambió los pinceles por la pluma. Y se prendó de su niñez feliz y de sus horizontes lejanos. Por eso la obra de Rafael es tan original –que *original* viene de *origen*–; porque estéticamente estaba conectada a sus principios. Sólo quien está prendado de su estirpe y de su cuna, en suma, de sus orígenes, puede llegar a ese grado de perfección y de virtud.

Juan Ramón, en la carta reproducida en *Marinero en tierra*, ya lo dice:

"La retama siempre verde de la virtud es suya. Con ella, en grácil golpe, ha hecho usted saltar otra vez de la nada el chorro feliz y verdadero. Poesía *popular*, pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española, pero sin retorno innecesario; nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante: andalucísima".

Y es que en la poesía de Alberti se percibe la frescura casi botánica de los cancioneros y los romanceros, que se llamaron *Ramilletes*, *Florestas*, *Primaveras*, *Jardines*, *Rosas*... y surge, madura, en un poeta de tan pocos años, arrolladoramente nueva, cautivadora, sin concesión al folklorismo, pero atenta a las tradiciones recibidas, críticamente presentes.

Tiene encastrados en sus oídos los ritmos y los recursos. Y los vierte como una catarata de agua pura, siempre renovada. Reacciona contra la beatería excesiva y fanática que rodea su niñez, pero convierte el hecho religioso en un ingrediente estético de gran ternura. Lo suyo es explayarse en los ecos de sus ecos, en los resortes inculcados; se refocila en un continuo metisaca de claves y cifras crípticas en que se adivinan sus principios; deslumbra con las fórmulas y con el uso los mecanismos por los que se mueve y sobrevive la tradición oral y los regenera de raíz. Recurre a las repeticiones, presentes en el romancero y en los cancioneros de los siglos XV y XVI; a los quiasmos, ese cruzado mágico de la poesía popular; a los diminutivos, al vocativo tierno. Esconde los verbos, los deja elípticos, a gusto del consumidor, y se maneja con el movimiento que le prestan los adverbios; usa la flora y la fauna cancioneriles y aun las aumenta dándoles un tono temporalmente nuevo y vivido: las cochinillas de la humedad, las mariquitas de San Antón, las lombrices de tierra, los caracoles, las cigüeñas, el cabritillo, la tortuga, los cangrejos moros, la tarántula..., el jardín y los dondiegos, los miramelindos, las malvalocas, el perejil, el culantrillo, los vilanos, los geranios... Se remansa y se recrea en la niñez y en su paisaje y, aunque surque los campos de Castilla, no lo hará con la tristeza congénita de Antonio Machado, ni con la acritud presentida en Unamuno; que será "el alegre", como lo llama Bergamín, los ojos del alegre los que transfiguren los páramos de Castilla, trasunto hacia el mar del norte, el Cantábrico, "el otro", su otro mar, como lo llamó Salinas.

No seré yo quien ponga etiquetas a las tendencias y movimientos. Las tienen puestas por no se sabe quién, imprecisas y acaso indefinidas.

De Rafael Alberti se dice que es neopopularista, en sus primeros libros. José Luis Tejada se inclina por afirmar que es neotradicionalista y lo conecta con la tradición oral y escrita, que es cosa bien distinta. Porque el neopopularismo es sólo el “manierismo” del arte popular. Para mí que no es, ni siquiera, una etapa de la producción albertiana. Porque Rafael Alberti no es manierista del arte popular al modo de Augusto Ferrán, de Salvador Rueda o de Manuel Machado, por citar a alguno.

Hasta la muerte de Rafael, en toda su obra –y en su conversación–, se perciben destellos de esos sugerentes condimentos que han adobado su infancia portuense. Pero hace no glosa, ni plagio, ni mimetiza. Nada, en Rafael, suena a pastiche. Ni cuando construye *soleares* renovadas y rebeldes en sus *Coplas de Juan Panadero*. Retoza en lo vivido, en “lo vivo lejano”. Tarabillas, conjuros, oraciones, ensalmos, canciones, pregones, villancicos, romances inculcados... tienen en él un raro poder regenerador y posibilitador de la materia poética. Son sus poderes ocultos, y los saca de la chistera con la habilidad del ilusionista. Sus paraísos perdidos, sus paisajes, son la válvula de escape; su re-evolución es el rebusco entrañable en sus propias señas. Y, como escribió José Luis Tejada, “su musa mayor es la nostalgia”.

Por eso, lo dije y lo vuelvo a repetir: todo ese bagaje hace a Rafael Alberti un poeta singularísimo, único, original. Porque sólo el que está prendado de sus orígenes puede llegar a ser original. Las consecuencias y las secuelas de sus buenos principios saltan a la vista.